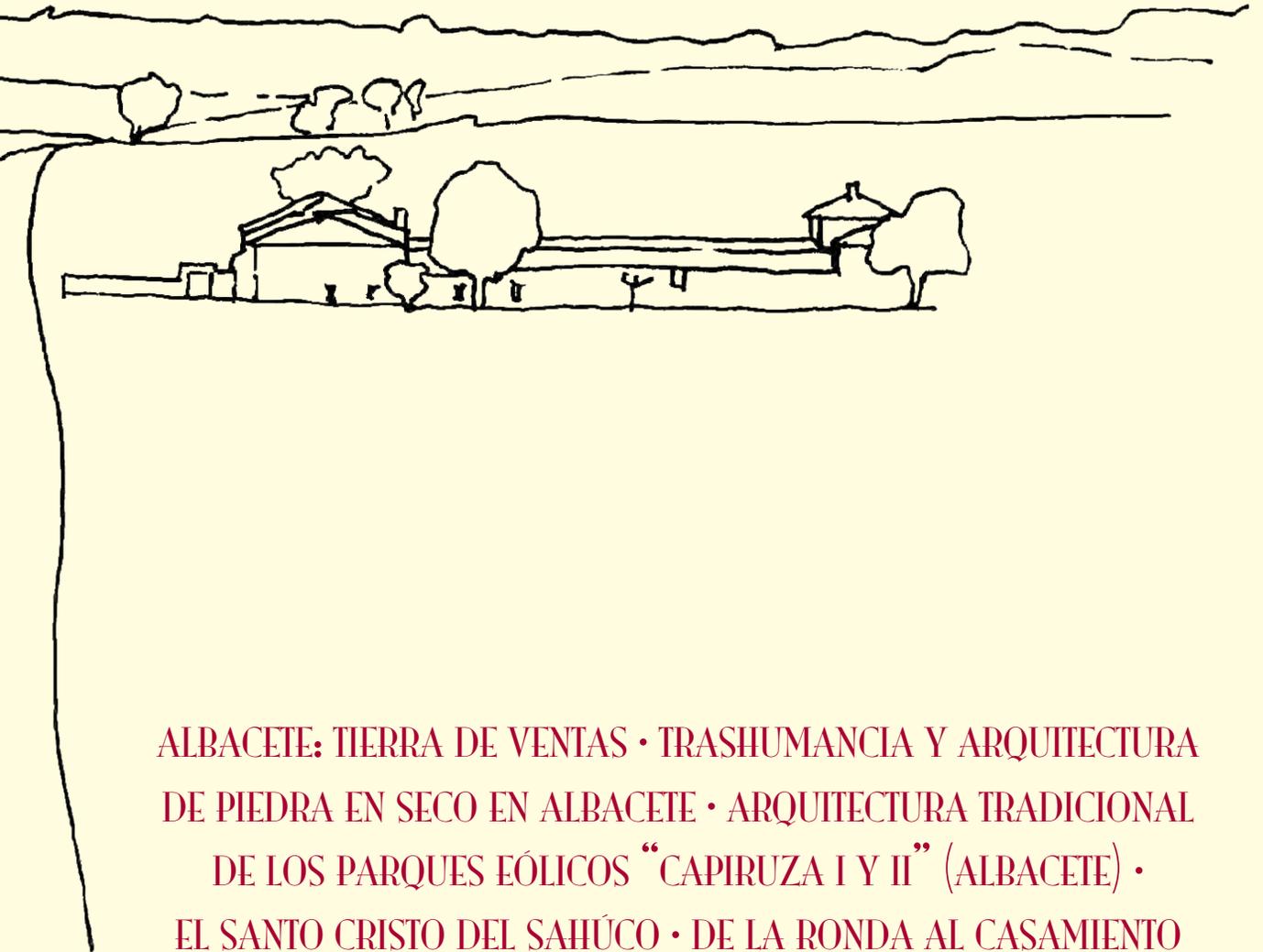


# Zahora

Revista  
de Tradiciones  
Populares

Número 57



ALBACETE: TIERRA DE VENTAS • TRASHUMANCIA Y ARQUITECTURA  
DE PIEDRA EN SECO EN ALBACETE • ARQUITECTURA TRADICIONAL  
DE LOS PARQUES EÓLICOS “CAPIRUZA I Y II” (ALBACETE) •  
EL SANTO CRISTO DEL SAHÚCO • DE LA RONDA AL CASAMIENTO

# EL SANTO CRISTO DEL SAHÚCO

José Sánchez Ferrer

En 1989 Cultural Albacete dio a conocer mi primer estudio sobre el Cristo del Sahúco<sup>1</sup> y en 1991 el Instituto de Estudios Albacetenses editó mi libro<sup>2</sup> y el video que realicé con Santiago Vico<sup>3</sup> sobre el mismo. Desde entonces poco he añadido a lo que entonces dije; una parte de las nuevas aportaciones constituyen el contenido de un pequeño artículo hecho en 1997<sup>4</sup> y la otra está incluida en un libro impreso en 2006<sup>5</sup>. La petición por parte de Zahora de que escribiese un artículo para esta revista, con el fin de contextualizar la serie de fotos del Cristo del Sahúco -ganadora del primer premio del concurso fotográfico “Albacete, siempre”-, me permite publicar una breve síntesis actualizada del tema. Al trabajo le he incorporado planimetría inédita, la del proyecto de restauración de su iglesia que han elaborado los arquitectos J. Sempere Doncel y A. García Gómez.

El municipio de Peñas de San Pedro se encuentra situado hacia el centro de la provincia de Albacete, en la zona de transición de dos áreas geográficas distintas, la

Sierra de Alcaraz, en las estribaciones de las Béticas, y la llanura de la Mancha de Montearagón, en el borde meridional de la Meseta castellana. Durante la Edad Moderna y hasta la creación de la actual provincia, en 1833, este concejo, una vez segregado del alfoz de Alcaraz en 1537, tuvo una superficie mucho mayor de la que hoy posee. Además del actual término comprendía, más o menos, los que hoy tienen Alcadozo, Pozohondo, el Pozuelo y San Pedro; unos 625 kilómetros cuadrados.

Abarcaba, pues, buena parte de la Sierra del Sahúco y una porción amplia de la llanura sobre la que se alza la gran mesa rocosa que ha sido siempre el distintivo característico e inconfundible de la población que se extiende a sus pies. Después del fraccionamiento de su territorio, tras la creación de la provincia, aún conservó un grupo de aldeas entre las que destaca de un modo singular la del Sahúco, a unos 13 kilómetros por carretera, antes próspera y bien poblada y hoy sólo habitada por unas pocas familias.

---

SÁNCHEZ FERRER, J. “Una importante manifestación de la religiosidad popular provincial: el Cristo del Sahúco”. Bol. Información nº 33. Cultural Albacete. 1989.

SÁNCHEZ FERRER, J. El santuario del Cristo del Sahúco (Estudio de su historia, etnología y arte). I. E. A. Albacete, 1991.

SÁNCHEZ FERRER, J. y VICO MONTEOLIVA, S. El Cristo del Sahúco. Duración: veinte minutos. I. E. A. Albacete, 1991.

SÁNCHEZ FERRER, J. “Notas acerca de la primera ermita del Cristo del Sahúco”. Rev. AL-BASIT nº 41. I. E. A. Albacete, diciembre de 1997.

SÁNCHEZ FERRER, J. La Santa Cruz del Castillo de las Peñas de San Pedro. Ensayo sobre una devoción perdida. I. E. A. “Don Juan Manuel”. Albacete, 2006.

Esta pequeña población alberga el santuario dedicado a la imagen del Crucificado más popular de la provincia y el que da origen a una de las manifestaciones socio-religiosas más originales de Albacete.

La aldea se encuentra situada a 1.182 metros de altura sobre el nivel del mar y en el centro de una herradura formada por un conjunto de lomas y cerros que le confieren

cierto carácter hierofánico. Su nombre debió recibirlo por estar situada junto a una fuente a cuyo alrededor crecían muchos saúcos. Seguramente se le empezaría a llamar Sambuco, tomado del nombre latino del arbusto, después Sabuco, como se le denomina en todos los documentos consultados, y, finalmente, Sahúco, el nombre actual. A la entrada del caserío se alza el Santuario del Santo Cristo del Sahúco.



*Santuario del Santo Cristo del Sahúco; al fondo el antiguo hospicio, desde hace años muy reformado*

La fecha y el motivo originario de la devoción son desconocidos, pero su expansión hay que ponerla en relación con el culto a la Santa Cruz del Castillo en Peñas de San Pedro.

La devoción a la Cruz del Castillo es muy anterior a la del Cristo del Sahúco; no obstante, se pueden observar ciertos elementos que pueden indicar que la primera fue un precedente de la segunda y de que ésta fue progresivamente sustituyendo a la anterior.

Las noticias más antiguas que tengo sobre el Cristo y su ermita son de los primeros años

del último cuarto del siglo XVII, conociéndose otros documentos que ponen de manifiesto que a lo largo de dicho periodo se puso interés en mejorar este templo y en aumentar la devoción. Es decir, que cuando la devoción a este Crucificado está iniciándose, la Cruz del Castillo ya la está recibiendo desde hace más de siglo y medio y a su mediación se le han atribuido ya casi todos los prodigios y registrado, prácticamente, la totalidad de los milagros que componen el libro de sus milagros que se conserva en el Archivo Parroquial de las Peñas.

La devoción a la Cruz del Castillo comienza su declive final unos años después de que fray Joseph Miguel Uclaus escriba el *Epítome Historial de la SS. Cruz, que se venera en su ermita del Castillo de la villa de las Peñas, Obispado de Cartagena* y, precisamente, por entonces, 1768, es cuando el santuario del Sahúco empieza a ser administrado por el clero de las Peñas, momento desde el que la expansión de la devoción –que se había iniciado con la gestión franciscana (1753-1767)– comienza a progresar rápidamente, alcanzando su máximo esplendor entre 1787 y 1810.

En 1754, la cofradía de la Santa Cruz aún es pujante, aunque ya igualada por la del Cristo del Sahúco; sin embargo, hacia 1789 ya está en vías de desaparición y en 1815 se hacen las últimas anotaciones de su libro.

Esta cronología pone perfectamente de manifiesto el gradual descenso y auge, respectivamente, de ambas devociones; probablemente, incluso, el veloz incremento de la del Cristo acarree una mayor velocidad de descenso de la devoción a la Cruz.

Hay un personaje que jugó un papel fundamental en esta transición, el presbítero Matías de Rueda. Este hombre fue consiliario de la cofradía de la Santa Cruz y depositario del santuario del Cristo del Sahúco al mismo tiempo y durante varios años, participando de forma decisiva en el despegue y ascensión del mismo y convirtiéndose, seguramente, en el gestor más importante de su expansión. Fue, por tanto, un miembro activo que vivió el desmoroneo de una devoción y que dedicó su esfuerzo a la construcción de la otra, constituyéndose en un elemento de relación y referencia de ambas.

Hay otra cuestión que permite relacionar más ambas devociones. Poco después de su construcción, la Cruz del Castillo fue colocada en el interior de una caja protectora y ornamental –una cruz hueca– donde se exponía a la devoción de los fieles y se trasladaba en las procesiones; esa primera caja, de madera,

fue reemplazada luego por otra de plata para proporcionarle mayor esplendor, belleza y riqueza. No he hallado la conexión documental, pero creo que cuando hacia mediados del siglo XIX se comienza a transportar al Cristo del Sahúco dentro de una caja con forma de cruz en sus desplazamientos santuario-parroquia, y viceversa, está actuando como precedente y modelo la forma de hacerlo con la Cruz del Castillo, que, aunque ya sin ermita, todos conocían aún por estar expuesta en la iglesia parroquial.

No me es posible, al menos por ahora, determinar las causas históricas concretas que produjeron esta situación; no he encontrado alusiones documentales expresas de ello. No obstante, como en otras ocasiones, intentaré una interpretación.

En el discurrir de la devoción a la Cruz del Castillo en las Peñas se sucedieron radicales altibajos, lo que hace pensar, entre otras cosas, que la devoción no arraigó profundamente en la población y que la popularidad de ésta ascendía solamente cuando sucesos extraordinarios acontecían a la población y determinados intereses de los grupos dominantes así lo veían conveniente, pero pronto se pasaba a la tibieza, cuando no al olvido; la bajada de la población desde el castillo al llano fue desposeyéndola paulatinamente de la inmediatez en la vida cotidiana de las gentes y cuando surgió y se desarrolló otra devoción –paradójicamente, también alejada, ya que el Sahúco dista unos 13 kilómetros de la villa– que caló en la población, expandiéndose, además, por un amplio radio de acción comarcal, la sustituyó; le arrebató el patronazgo y fue relegándola al olvido. Quizás las razones relacionadas con la jerarquización de los objetos y personas sacras puedan añadir más argumentos para la explicación del cambio de patronazgo y del descenso de intensidad de la devoción a la cruz.

Las cruces son símbolos centrales del cristianismo pero en la religiosidad popular sólo

son referencias a la crucifixión de Cristo; son objetos y acaban convirtiéndose en signos que únicamente pueden humanizarse cuando están representados sobre ellas los crucificados porque en sus figuras pueden verse representados los fieles de una manera intuitiva y espontánea y no en la deductiva, mental y un tanto abstracta de las cruces. Lo que sugiere la imagen de un hombre sufriente, sangrante y muerto el pueblo lo entiende y lo relaciona de manera automática con sus propias penalidades y padecimientos; el dios, el omnipotente se acerca a los devotos al presentarse como hombre doliente, con cabellera, vestiduras, adornos, etc., y la conexión emotiva se establece inmediatamente, más o menos intensamente, según la expresión y la iconografía de la figura que se contempla y venera; y esto parece una inclinación tan fuerte que los habitantes de las Peñas labraron un Cristo en la cara anterior de la caja de madera que se hizo en el siglo XVI para guardar la cruz de olivo denominada Santa Cruz del Castillo, como se describe en un documento de 1608. Parece factible, pues, que una pequeña y tosca cruz fuese relegada por otra mucho más grande con un Cristo clavado sobre ella y que la devoción a la primera fuera diluyéndose paulatinamente hasta desaparecer.

No obstante, algo más sucedió para llegar a este resultado, de forma subliminal si se quiere; la Virgen del Socorro y la Cruz del Castillo habían sido los signos sagrados más significativos de la población durante su permanencia en el roquedo; fueron los símbolos religiosos que estuvieron presentes en los avatares importantes de aquella etapa histórica. La devoción hacia ellos fue desvaneciéndose conforme se fue produciendo el largo y complejo descenso al llano y la gente fue abandonando el lugar donde se habían generado las creencias. La Virgen del Socorro y la Cruz del Castillo eran los emblemas de la vida de arriba y su representatividad se fue disolviendo al tiempo que la vida se trasladó abajo. La imagen de esa Virgen

se quedó en lo alto, solitaria, abandonada en lo que quedaba de su casi desmontada iglesia, siendo sustituida por la Virgen de la Esperanza, la titular de la nueva parroquial, la construida abajo. La Cruz, como los aljibes, los ruinosos muros de las construcciones y las ya casi inútiles murallas del primitivo emplazamiento, había cumplido su función histórica, su razón de ser y ya no era el signo sagrado de los que vivían a los pies de la meseta rocosa. Quizás pueda decirse que la Cruz fue el estandarte de la vida en el Castillo y que la imagen del Cristo del Sahúco es el símbolo de la vida de las Peñas de después.



*Santo Cristo del Sahúco. Detalle.*

La imagen del Santo Cristo del Sahúco, objeto de varios siglos de veneración por parte de un gran número de fieles, es la de Cristo Crucificado. Es una tosca talla en madera, de tamaño sensiblemente inferior al natural, que fue ligeramente refinada en la restauración que se le hizo hace más de veinticinco años. Por su iconografía se le podría considerar de finales del siglo XVI o principios del XVII.

La imagen está vestida con “sudario” y cinturón y cubre su cabeza cabellera larga de

pelo natural. Este atuendo debe proceder desde antiguo ya que conozco una noticia documental del “sudario” de 1764 y otra de la cabellera de 1774. También antiguos son los actuales complementos -en bronce- de la aureola de rayos, la placa del INRI y los remates terminales de la cruz; todos se incorporaron en 1779, pero no puedo precisar si fueron los primeros.

Hay dos relatos sobre el origen de la imagen. Uno, que se ha olvidado completamente, cuenta que fue tallada por un desconocido extranjero que llegó a la aldea y se encerró en una casa durante unos días; cuando se fue, el Cristo fue encontrado en ella. El otro relato ha llegado a nuestro tiempo, pero ambiguo y demasiado escueto; simplemente la aparición de Cristo Crucificado sobre uno de los saúcos, de un grupo que había junto a una fuente, a unos segadores (la mayoría de las versiones indican que eran de las Peñas). A pesar de su laconismo, aparecen los elementos fundamentales de una estrecha relación entre lo sobrenatural y la naturaleza.

La leyenda de origen dice que tras la aparición se construyó una ermita en dicho lugar a la que empezaron a acudir los aldeanos del entorno próximo, convirtiéndose en centro de un culto muy local. Desde estos inicios transmitidos por tradición hasta las primeras noticias documentales, en 1677, hay un período largo de tiempo del que no se sabe nada. Tampoco tenían noticias de esa época a finales del siglo XVIII, ya que en un informe del Administrador de Caudales del Santuario, Matías de Rueda, se refiere al mismo como desconocido, indicando solamente que la ermita estaba al cuidado de ermitaños, primero, y de curas particulares, después.

Por el fragmento de un *Libro de Certificaciones de Milagros* se sabe que a mediados de la decimotava centuria se le atribuían ya al Cristo numerosas curaciones y que acudían al santuario gentes de un área de considerable extensión. Los Libros de Misas y de Limosnas

del Sahúco permiten conocer que a finales de la mencionada centuria acudían a la Fiesta del Cristo –desde las primeras noticias documentales el 27 y 28 de agosto– una gran cantidad de fieles; algunos, pocos, desde lejanos lugares de la península. Las procedencias de los demás cartografían una gran superficie que ocupaba la casi totalidad de la actual provincia de Albacete –con la excepción de la zona más oriental, quizá influenciada por devociones valencianas–, amplias áreas limítrofes de las actuales provincias de Cuenca y Ciudad Real y pequeños enclaves, también contiguos, de la de Jaén. Más esporádicamente venían devotos que vivían en localidades próximas de Valencia, Alicante y Murcia, siendo relativamente numerosos los de la capital del Segura.

Esta afluencia de gente debió comenzar hacia 1751, fecha en la que, con casi toda seguridad, los franciscanos se hicieron cargo del santuario. Su actuación, probablemente, activó y potenció la devoción al Cristo del Sahúco, lo que no sería nada más que una consecuencia de la exaltación de la figura de Cristo Crucificado a la que tantos esfuerzos dedicó la orden de San Francisco desde el siglo XVI, convirtiéndose estos frailes en los principales promotores de su devoción en todo el ámbito católico. En las Peñas, esta implantación encontraba terreno abonado por la devoción al Lignum Crucis que en ella existía posiblemente desde principios del XVI.

En 1767 los franciscanos tuvieron que marcharse del Sahúco y el santuario pasó a ser administrado por el clero de Peñas de San Pedro el que de la mano de Antonio y Matías de Rueda, especialmente del segundo, lo llevó a su punto álgido a principios del siglo XIX.

Los elementos que constituían el santuario en su época esplendorosa se podrían dividir en:

- a).- De carácter sagrado.

Estaban formados por la Iglesia y la balsa donde llega el agua del manantial sobre el que está edificada la nave del templo y que era

considerada como un elemento básico en las curaciones milagrosas.

b).- De servicio para lo sagrado.

Era el convento o casa donde se albergaban los sacerdotes y sirvientes que atendían el santuario.

c).- De carácter económico.

Lo formaban las tierras, casas y construcciones ganaderas y agrícolas propiedad de la ermita. Constituían una riqueza cuyas rentas se aplicaban a las necesidades del culto y del personal adscrito al santuario.

d).- De carácter medicinal.

Era una especie de hospedería o balneario denominado Fuente del Buitre, a unos tres kilómetros del santuario, y del que no he encontrado connotaciones milagrosas, aunque sí noticias de curaciones en función de las propiedades de las aguas. Sin embargo, Sánchez Maurandi, en un artículo sobre el santuario del Sahúco publicado en 1960, indica que en un análisis al que se les sometió en 1936 no se descubrieron propiedades terapéuticas.

A lo largo de los siglos XIX y XX esta configuración fue desapareciendo y hoy de todo ello sólo queda la iglesia y el convento, convertido por la Iglesia Católica en colonia veraniega y lugar de reuniones y retiro.

El estudio de la documentación que conozco me sugiere dividir la historia del santuario en varias etapas:

- Etapa de formación y consolidación.

Cronológicamente va desde el origen hasta 1751.

Como indiqué, es una época apenas conocida, ya que hasta 1677 no se conoce el primer testimonio documental. El mismo consiste en un mandato del Visitador del Obispado de Cartagena, don Domingo Ximénez, ordenando la regulación, no sé si la primera, de las limosnas ofrecidas al Cristo. De diez años después hay otro escrito que pone de manifiesto la escasez que aún representaban los ingresos de la ermita

y el interés de mejorarla que existía. Y otro sin fecha, de finales del siglo XVII, por el que se organizaba el culto ordinario de la ermita.

- Etapa de administración franciscana.

Abarcaría desde 1751, año en el que los franciscanos de la Custodia de San Pascual Bailón debieron hacerse cargo del hospicio y ermita, hasta 1767 en que, en diciembre, tuvieron que marcharse.

He encontrado referencias documentales de este período en el Archivo del Convento de Santa Ana en Jumilla. En él se conservan los diferentes *Libros de la Historia de la Santa Custodia de San Pasqual del Reyno de Murcia* y en el primero de ellos se pueden rastrear algunos datos, pocos, sobre el asentamiento franciscano en el santuario.

En 1747 recibió un Diffinitorio de la Custodia cartas de la villa y clero de Peñas de San Pedro pidiendo a los franciscanos “*tomar fundacion en el Santísimo Cristo del Sahuco, imagen de mucha devozion, que esta en un desierto del termino de dicha Villa*” y solicitar las precisas licencias para que esto fuera posible. La propuesta fue del agrado de los dirigentes de la Custodia pero tuvo la oposición, que según el documento se podría vencer fácilmente, de los conventos de Observantes de Hellín y Tobarra. Probablemente, éstos argumentaran que aunque el Santuario distaba más de lo establecido, no era conveniente fundar la nueva casa porque serían demasiadas comunidades franciscanas viviendo de una zona que, por ser de pobre economía, no permitía (hay que recordar que eran mendicantes) el mantenimiento de gran número de frailes.

En 1750 ó 1751, la fecha es dudosa, el visitador don Pascual Ortiz conoció la muerte del obispo en Murcia, estando en el convento de Jorquera. Pensó que ésta era buena ocasión para alcanzar del Gobernador del Obispado, don Andrés de Libera, la necesaria licencia para la fundación del Sahúco. Tras diversas gestiones, y después de ser remitida a Murcia

la justificación de la necesidad que había del Hospicio, recabada en las Peñas por don Juan de Rueda, presbítero y síndico del convento de Nuestra Señora de los Llanos, el Gobernador otorgó la licencia con la obligación de que fueran seis religiosos los que cuidaran el culto de la imagen.

Conozco dos testimonios documentales más anteriores a 1767. Son sendas visitas del Custodio al Hospicio efectuadas en 1754 y 1764. De la primera no se detalla nada en el Libro. Por las anotaciones de la segunda se puede saber que el visitador quedó satisfecho del trabajo que estaban realizando los religiosos y de los progresos que veía entre “*las gentes y aldeas comarcanas*”, y que los frailes lamentaban no tener Santísimo ni posibilidades de conseguirlo, lo que puede interpretarse como confirmación de que esta fundación no tenía categoría de convento.

Por una orden de 1767 emitida por la Chanchillería de Granada (quizá intentando restringir la enorme expansión de las órdenes religiosas), los frailes que residieran en conventos constituidos sin licencia real debían abandonarlos y regresar a los que con este requisito estuviesen fundados. El Hospicio del Sahuco debió ser de los primeros y los franciscanos tuvieron que dejarlo.

No he encontrado más noticias de este periodo, pero, sin duda, fue el que inició el desarrollo y ascenso del Santuario.

- Etapa de la administración del clero de las Peñas de San Pedro.

Para su mejor estudio y comprensión la fraccionaré en fases:

a).- Fase de ascenso.

Cronológicamente la situó entre 1768 y 1786.

La devoción se expandió sobremanera, la afluencia de devotos se hizo masiva y empezó una acumulación de riqueza en base a la progresiva diferencia entre ingresos y gastos ordinarios.

b).- Fase de esplendor.

Se extendería entre 1787 y 1815, aproximadamente.

Desde los primeros años de este período ya se encuentran plenamente constituidas las bases que harían posible una saneada economía del santuario y la realización de buena parte de los proyectos concebidos. Estas bases las considero divididas fundamentalmente en las siguientes:

- Las limosnas gratuitas –que no conllevaban la contrapartida de servicios religiosos– que daban los devotos:

Pueden diferenciarse las ofrecidas en metálico y en especie:

- En metálico.

Procedían de las limosnas:

- \* Ofrecidas en el santuario los días 27 y 28 de agosto (formaban el grueso del total).

- \* Ofrecidas en el santuario el resto del año.

- \* Ofrecidas en la Parroquia de las Peñas.

- \* Recogidas en las procesiones.

- \* Depositadas anónimamente en el platillo del camarín del Cristo.

- \* Recogidas por el limosnero que recorría las tierras del entorno con una reproducción en miniatura del Cristo del Sahuco.

- En especie.

Estaban formadas fundamentalmente por productos ordinarios de la economía de las gentes y las partidas más importantes eran las de trigo, cebada, cera y azafrán. Los fieles las llevaban al santuario o a la parroquia de las Peñas o eran recogidas por el limosnero que las transportaba en las caballerías propiedad del convento.

- La venta de diversos productos:

- Los procedentes de las propias posesiones. Fundamentalmente eran los productos agrícolas y ganaderos que no se utilizaban en el consumo propio. Se pueden incluir aquí el valor de los arrendamientos de casas y tierras que se tenían establecidos.

- Las mortajas y hábitos.

- Las estampas y medallas del Cristo.

- El sobrante de las limosnas mínimas estipuladas de las misas ofrecidas por los devotos al Cristo. Por acuerdo y sin renunciar a sus derechos de poder quedárselas en su totalidad, los sacerdotes las donaban para el culto del Cristo.

La renta, pues, de los ya considerables terrenos que se habían ido recibiendo y comprando y el auge de las limosnas gratuitas y de misas, hicieron que se entrara en la época más brillante de la historia del santuario. Se amplía el convento, tanto en habitabilidad como en anejos productivos, y se construyen la conexión de la ermita con el convento -a través de la sacristía nueva- y el Camarín. Después, y estrenando el siglo XIX, se levantó la primera fase de la iglesia pensada para sustituir al pequeño templo primitivo.

Esta floreciente situación repercutía en el numeroso clero de las Peñas y le proporcionaba una acomodada posición económica al oficiar las numerosísimas misas que los fieles ofrecían y cobrar un estipendio por cada una de ellas.

c).- Fase de recesión y estancamiento.

La sitúo entre 1816 y 1900 (año convenido).

Varios hechos incidieron en el cambio de situación del santuario.

Por una parte, la terminación de la primera fase de la construcción de la iglesia había endeudado al Santuario y el clero de las Peñas decidió vender bastantes propiedades para poder pagar.

Por otra, fundamental, los pilares económicos básicos se resquebrajaron:

\* El de la rentabilidad de las tierras, que se resintió con la venta de una buena parte de ellas.

\* El de las limosnas gratuitas –el más cuantioso– comenzó a descender a partir de 1817 y bajó vertiginosamente desde 1825, reduciéndose en extensión el ámbito de influencia.

\* El sobrante de misas, también bajó porque se encargaban muchas menos y llegó a

desaparecer porque los sacerdotes se negaron a seguir deduciéndolo debido a las necesidades que según ellos tenían por la penuria de los tiempos.

A partir de 1836, el Santuario recibió el golpe definitivo que consolidaría la contracción: la desamortización. Todas las tierras no vendidas anteriormente, las de mejor calidad, fueron expropiadas y vendidas, dejando el culto sólo a expensas de las limosnas gratuitas que, como indiqué, habían descendido enormemente.

Si a todo ello se unen las consecuencias de la Guerra de la Independencia y la expansión de la ideología ilustrada y liberal, contraria a las manifestaciones religiosas populares, se obtendrán las causas fundamentales de la crisis del santuario del Sahúco que no volvería a alcanzar ya nunca el brillo anterior.

Testigo mudo actual de todo ello es el exterior del templo, que pone claramente de manifiesto con su quebrado perfil arquitectónico la no conclusión del proyecto. Sin duda, una nueva cabecera, que incorporaría el Camarín, estaría diseñada (no se conoce el proyecto) para reemplazar el actual presbiterio, probablemente la ermita primitiva.

• Etapa del siglo XX.

Creo que, en general, la situación final anterior es la que seguiría a lo largo del pasado siglo. El santuario, en un período anterior a la Guerra Civil de 1936-39, cuya cronología desconozco, se convirtió en parroquia a la que pertenecieron las aldeas cercanas; tras la contienda bélica pasó de nuevo a la administración del párroco de las Peñas, como sigue en la actualidad.

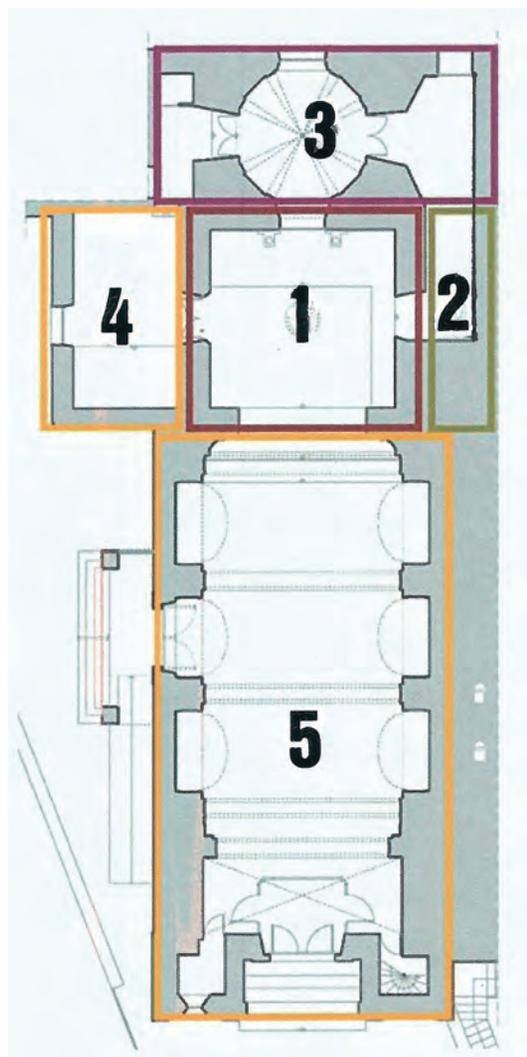
Las gentes de Peñas y de la zona de irradiación, aunque más reducida, siguieron fieles a su Cristo, mantuvieron su fe (incluso frente a las reticencias de la Iglesia oficial anteriores al Vaticano II) y continuaron acudiendo en masa a su fiesta y no sólo es así en la actualidad, sino que se observa un progresivo aumento de la afluencia favorecido por las nuevas directrices

que desde la conclusión del citado concilio ha adoptado la Iglesia Católica con respecto a la religiosidad popular y por la mejora en los medios de desplazamiento.

La iglesia no se ha concluido y solamente se han realizado obras de mantenimiento. En los años sesenta se restauró el convento convirtiéndolo en colonia y en los últimos años del siglo pasado el interior eclesial ha recibido varias obras de embellecimiento como enlucidos, pintura y embaldosado que conservan con un aspecto digno la que en esencia es la misma obra de hace ciento cincuenta años.

Tras la mínima construcción, quizás simplemente un humilladero, que albergó a la imagen en el comienzo de su devoción se construyó con gran lentitud, entre 1676 y 1693, y gracias a la entusiasta gestión de un ermitaño que se había contratado para ello, el hermano Salvador de Reina, la que se puede considerar la primera ermita y cuyo emplazamiento creo que se corresponde con los del presbiterio y sacristía vieja actuales. Posteriormente se edificaron el camarín y la sacristía nueva, luego el cuerpo de la nave con la fachada de los pies y las torres y, finalmente, el atrio. El santuario quedó formado por la sucesión, siguiendo un eje axial de penetración, del atrio, nave, presbiterio y camarín, ocupando las sacristías -una propiamente dicha, la otra relicario, y ambas corredores de acceso al camarín- posiciones laterales a las dos últimas piezas.

Cuando en 1768, tras las fases anteriores, el clero de Peñas se hizo cargo de la administración del santuario debió concebirse el proyecto de construir un nuevo templo que sustituyese a la pequeña ermita. Seguramente se pensó en la demolición de la obra hasta entonces existente -incluso puede que no sea ajeno a ello el que el interior del camarín se construyese todo de madera y, por tanto, que fuera desmontable-, pero el proyecto no se podía ejecutar de una vez porque, aunque eran abundantes, las limosnas



Planta de la iglesia del Santo Cristo del Sahúco. 1: presbiterio (seguramente la ermita primitiva); 2: sacristía vieja; 3: camarín; 4: sacristía nueva; 5: nave. (Sempere Doncel, J. y García Gómez, A.).

no permitían emprenderlo totalmente; ello obligaría a plantear prioridades.

El clero debió acordar la construcción del camarín en primer lugar con el fin de proporcionar a la imagen un escenario más rico y suntuoso que el del sencillo retablo en el que estaba colocada. Esta provisionalidad explicaría el exterior arquitectónicamente más humilde de todos los camarines provinciales

–lo que contrasta fuertemente con el interior, que muestra a uno de los de mayor riqueza ornamental–, modestia con la que ha llegado a nuestros días, ya que el proyecto quedó inconcluso y solamente se edificó el cuerpo de la nave. Por ello, al exterior, la fábrica presenta dos cuerpos extraordinariamente diferenciados; uno, neoclásico –formado por la nave, portada y torres–, levantado con buenos materiales y un aparejo de sillares,

mampostería y ladrillos; el otro, mucho más bajo, formado por una estructura simple con tejado a dos aguas, de aspecto rústico y mal acabado, que alberga el presbiterio, el camarín y las sacristías. Por tanto, su imagen es la de un edificio sin unidad, sin elementos de conexión armónica entre sus dos partes, de tal manera que el visitante puede creer que la totalidad del templo es el primer cuerpo.

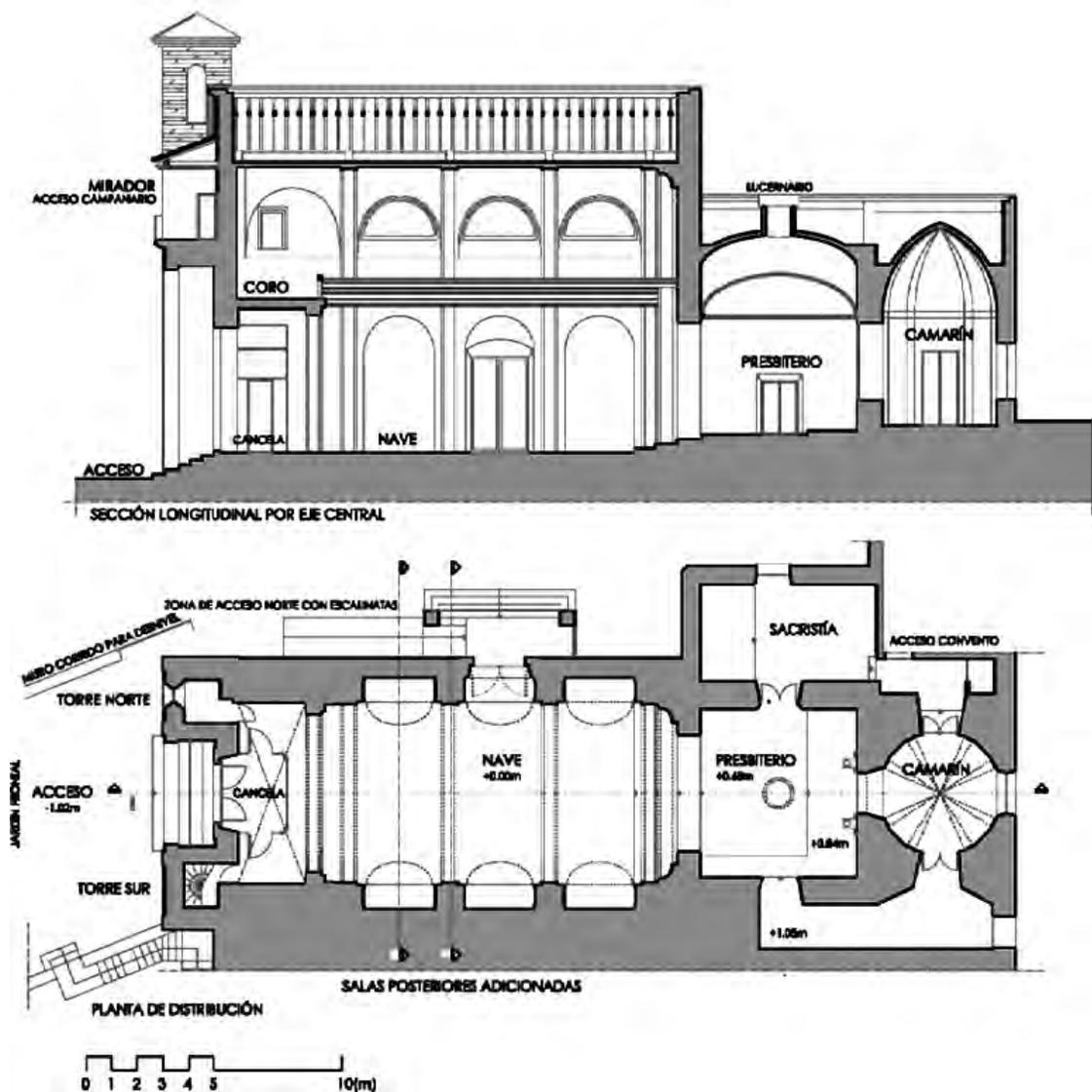


*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Fachada meridional*



*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco.  
Conexión nave/presbiterio*

La nave tiene diecinueve metros de longitud y siete de anchura, nueve teniendo en cuenta la profundidad de los altares laterales. Está cubierta con bóveda de cañón, a unos doce metros del suelo, con arcos fajones cajeados y lunetos, en los que abren seis ventanas semicirculares y dos cuadradas, al exterior capialzadas, que proporcionan bastante luz al interior. La bóveda está contrarrestada por gruesos muros y contrafuertes que no se aprecian al exterior por haberse realizado el cerramiento por su línea externa.



Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Arriba: sección longitudinal; abajo: planta. (Sempere Doncel, J. y García Gómez, A.)

El espacio interno entre ellos se cerró con anchos arcos de medio punto, o estrechas bóvedas de medio cañón, y se aprovechó para instalar altares laterales.

La estancia se halla compuesta de cuatro tramos limitados por pilastras cajeadas con basa y capitel de inspiración clásica, con ábaco de ovas y pequeñas volutas, cóncavo al exterior y saliente en los extremos con respecto al

arquitrabe; éste está formado por platabandas y pronunciada cornisa que corre sobre los capiteles a lo largo de todo el muro y que actúa de destacado cuerpo intermedio entre pilastras y fajones y entre cuerpo bajo y cuerpo de luces.

En el primer tramo, contando desde la puerta principal, se levanta un coro a casi seis metros de altura del suelo. El segundo y cuarto tramos tienen una capilla-altar lateral



*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Interior desde la puerta de entrada*

pensar que sería pequeña. Conozco una serie de noticias que documentan algunas características de esta construcción que, probablemente, fue obra de los franciscanos para ampliar o transformar la inicial ermita.

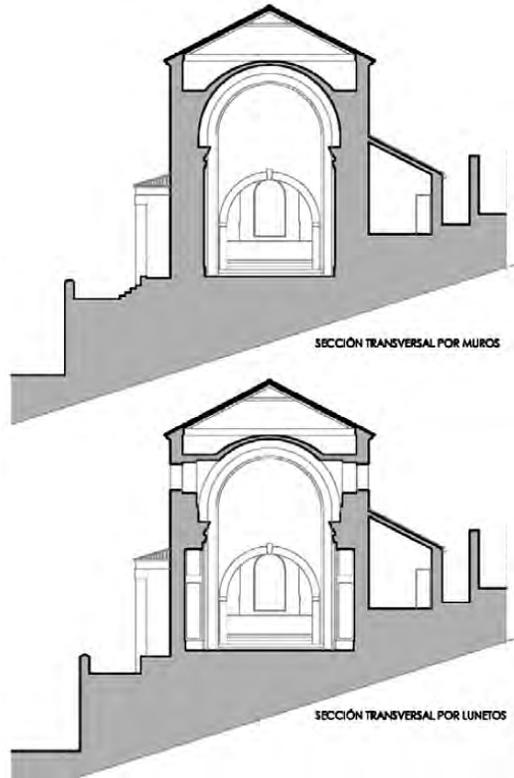
Es probable que hacia mediados de 1792 ya se hubiese derribado la vieja nave y se estuviese construyendo la nueva porque entre el 17 de marzo de dicho año y el 25 de agosto de 1793 se hicieron obras en el santuario por valor

en cada lado y el tercero una capilla-altar en el lado derecho y en el opuesto la puerta lateral del templo.

Para acceder al presbiterio hay que subir cinco gradas; esto y el gran desarrollo del paño que se levanta sobre el arco toral dan idea de la considerable diferencia de altura que hay entre los dos cuerpos arquitectónicos de la iglesia.

A las torres se penetra por pequeñas puertas que se abren por su cara oriental al muro que cierra los pies de la iglesia. La torre septentrional tiene habilitado el abovedado recinto del primer cuerpo para baptisterio y no se comunica con el resto de la torre. En la meridional está ubicada la escalera que conduce al coro y al resto de su desarrollo; para alcanzar el cuerpo de campanas hay que cruzar el coro y acceder a la puerta de la escalera que al mismo conduce y que se halla practicada en la torre al norte. Entre ambas torres se levantó una sencilla portada.

No se sabe con seguridad la fecha de comienzo de este cuerpo de la iglesia. Debió sustituir a una nave anterior de cuya amplitud no tengo referencias, pero de la que hay que



*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Secciones transversales. (Sempere Doncel, J. y García Gómez, A.)*



*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Fachada principal*

de 49.063 reales y 11 maravedíes. La documentación no indica en qué consistían, pero esta alta cantidad de dinero sólo pudo ser absorbida por el convento o por la iglesia, o por ambos edificios, ya que el camarín hacía años que se había pagado. Teniendo en cuenta que el clero de las Peñas no tenía ninguna comunidad numerosa viviendo en el convento, es lógico pensar que el dinero se invirtiese en la cimentación y en la construcción de las partes bajas de la nave.

La obra fue realizándose de forma discontinua porque tengo testimonios documentales que informan sobre frecuentes interrupciones. Los de 1800 y 1801 fueron años de gran actividad constructiva y la obra debió avanzar extraordinariamente; en el libro de cuentas se anotaba una data de 83.889 reales y 13 maravedíes por los gastos efectuados en la obra de la iglesia desde el 17 de marzo de 1800 hasta el 28 de noviembre de 1801, con un periodo de trabajo de sesenta y ocho semanas.

No he encontrado noticias sobre el tracista, pero por diferentes razones creo que fue Lorenzo Alonso Franco.

a).- La obra del santuario posee las mismas características que muestran los brazos del crucero que dicho maestro hizo en la iglesia parroquial de las Peñas: el mismo sistema de proporciones y de huecos, similares pilastras, idénticos capiteles y parecidos vanos ovalados; elementos todos que aparecen en otras construcciones suyas ejecutadas en la provincia. Además, en la nave del santuario del Sahúco se abrieron cuatro vanos semicirculares que son semejantes a los que este maestro diseñó para otras iglesias, como, por ejemplo, las parroquiales de Santiago, en Jumilla (Murcia), San Bartolomé, en el Pozuelo, San Bernabé, en Pétrola, San Dionisio, en Fuenteálamo, Santa Quiteria, en Higuera, y San Andrés, en Carcelén.

b).- La estancia del arquitecto en Peñas dirigiendo la construcción de los brazos del crucero de su parroquial coincide con los años finales del siglo XVIII, que es la época en la que se documenta el comienzo de la nave del Sahúco.

c).- Está constatado documentalmente que el clero de Peñas, que regentaba ambas obras, la parroquial y la de la ermita, empleaba los mismos artistas y materiales en ellas.

Por tanto, estilística, cronología y criterio de los gestores permiten atribuir a Lorenzo Alonso el proyecto de la edificación de la que se está tratando. Lo que se hizo en el Sahúco está en la línea neoclásica de este autor y sigue un modelo muchas veces repetido por él, basado en la recreación un tanto fría del clasicismo, en la austeridad decorativa interior y exterior y en la diafanidad espacial.

No conozco más testimonios documentales sobre la obra de la nave hasta 1810; ese año se pagaron 49.383 reales, 6 maravedíes y 2 cuartos de otro. Probablemente, tras este pago se produjo una nueva suspensión del trabajo hasta

finales de 1813. En 1816 debió prácticamente acabarse la nave, con la excepción de pequeños detalles y del acabado decorativo final. Hacia 1861 se construyeron los dos sencillos retablos neoclásicos de los altares laterales y en 1879 se colocó -seguramente procedente de otro sitio- el rococó de la Virgen de los Dolores.

Finalmente, en 1887, la información sobre *“Cien reales pagados à un maestro de obras traído de Monovar para hacer el presupuesto y plano de la obra de la iglesia”* pone de manifiesto que se mantenía el deseo de concluir el templo; anhelo que se estrelló contra el signo de los tiempos y ya no fue posible conseguir. Hoy, la silueta del santuario es el elocuente exponente de ello.

El bello camarín tiene planta ochavada con un radio de algo menos de cuatro metros y medio. El octógono no es regular porque se alternan lados mayores y menores. Está

totalmente construido de madera, pintada, estucada y dorada. Las ocho caras tienen tapadas sus aristas por pilastras cajeadas de quebrada sección que cabalgan sobre plintos, también cajeados. Los frentes de las pilastras, enmarcadas en blanco, están decorados con rocallas, tarjas y guirnaldas doradas sobre fondo jaspeado en verde; sobre ellas corre un doble entablamento quebrado, complejamente articulado y con rica decoración. La bóveda es también octogonal, apuntada y de casquetes; los nervios, que prolongan las pilastras, se unen en una clave circular; son dorados, perfilados en blanco y con decoración de medias bolas doradas sobre jaspeado verde. Los cuatro casquetes que se corresponden con los lados mayores del octógono están decorados con afilegranadas y complejas rocallas, los otros cuatro tienen ornamentación de rocallas doradas de diferente tamaño y espejos.



*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Camarín*

En las dos caras laterales perpendiculares al eje longitudinal de la iglesia están practicados, respectivamente, el transparente y el vano que lo hace posible. La primera cara está abierta por un amplio ventanal arqueado que comunica con el presbiterio y a cuyo través se visualiza la imagen que está colocada sobre un altar interior. El tercio externo del vano es de medio punto y jambas paralelas; el resto está abocinado y capialzado y las jambas son, por ello, oblicuas. La profusa decoración, en consonancia con todo lo demás, está constituida por rocallas enlazadas que encierran una serie de elementos alusivos a la Pasión que, en unión a otros situados en varios paramentos, forman un sencillo programa iconográfico. En las dos caras paralelas al eje longitudinal de la iglesia se obraron sendas puertas que realizó el carpintero Bartolomé Guerrero en 1779, y su ornamentación tiene gran semejanza con las puertas de los cancelles de la iglesia de Peñas. La que se abre al sur

comunica camarín y vieja sacristía, la que lo hace al norte es la otra entrada al camarín y a ella se llega a través de la sacristía nueva. Son puertas perfectamente armonizadas con el resto del conjunto y magníficamente rematadas por una gran rocalla con un anagrama en su interior (el de María en una y el de Cristo en la otra), florones y un frontón triangular con adornos rocallescos cubierto por corona real. Por último, las cuatro caras restantes del camarín son idénticas y están formadas cada una por un zócalo, de la misma altura que el plinto de las pilastras, y un panel; en cada una de ellas aparecen superpuestos dos espejos enmarcados por rocallas de abigarrada talla, el inferior es de mayor tamaño y porta incorporado en su parte inferior un candelabro de dos velas cuyas luces, al igual que las de la lámpara que cuelga de la clave, debían reflejarse en todos los espejos, completando así la parafernalia propia del barroco y de su vestidura rococó.



*Iglesia del Santo Cristo del Sahúco. Pavimento del camarín*

Los primeros testimonios documentales sobre su construcción son de 1769 y hay otros que indican que diez años después estaba prácticamente terminado, pero lo más probable es que se terminase en 1785; esta bella pieza tiene traza del murciano Gregorio Sánchez, talla y ensamblaje del valenciano Ignacio Castell y dorado del conquense Juan Manuel Melero.

En el conjunto de acciones culturales en torno al Cristo del Sahúco hay una que aglutina corporativamente a los devotos y que es la que le confiere la personalidad que individualiza, distingue e impregna la religiosidad popular de las Peñas de San Pedro y su entorno. Es la “traída” y la “llevada” del “Santo”. Todos los años, en la tarde del lunes de Pentecostés (y hay indicios que pueden fundamentar la consideración de que se hacía así desde, al menos, mediados del siglo XVIII), por tanto en fecha variable, se efectúa la “traída” del Cristo desde el Sahúco a las Peñas.

La imagen es despedida en procesión por otra de la Virgen, por los habitantes del Sahúco y por otros fieles que para ello han acudido, en la Cruz Chica. Personajes divinos y humanos se encuentran aunados con la misma finalidad. Tras el “abrazo” es introducida con solemnidad, con mimo, con lágrimas en algunos rostros y voz quebrada en las gargantas, en la caja o urna de madera en forma de cruz en la que va a ser llevada. Todos quieren tomar parte en la operación, tocarla por última vez.

El trayecto, algo más de trece kilómetros, se cubre corriendo y el transporte de la caja se hace a hombros de los corredores. Para ello se han preparado los mozos y las mozas. Hoy su atuendo consiste en pantalones, camisa y deportivos blancos frente al de los pulgueros, camisetas de felpa y alpargatas de esparto de ayer. Se han ajustado estrechamente las fajas y se han ceñido los pañuelos de colores a la frente para empapar el abundante sudor que producirá el esfuerzo y se han colocado ramitas de alhábega o romero en la cabeza, reminiscencias de



*El Cristo es introducido en la caja para ser llevado a las Peñas*

épocas en las que se utilizaban como hierbas aromáticas quizá con más sentido simbólico que práctico.

Los prolegómenos están acabando. El santero (que en las Peñas tiene una función muy particular y no relacionada con la común de vigilancia y cuidado de la ermita), pieza esencial de la carrera y de quien depende en gran manera la coordinación y buena ejecución de la misma, ha numerado las parejas -que para esto son de cuatro personas- para ir llamándolas por orden en los relevos, las “uncías”. Los gritos se elevan, los vivas se suceden, la despedida llega a su cenit. La primera pareja levanta al Cristo. Entre gritos de ánimo, el rito central de la fiesta comienza.

Es primavera. Los campos verdes. La imagen del Cristo, a hombros de los corredores. La marcha es rápida y acompañada. El firme

es bueno y recuerda sólo por su proximidad, la rambla y el camino por los que antiguamente discurría la carrera. Las fuerzas intactas, los relevos perfectos y bien sincronizados. El camino discurre entre suaves lomas, árboles y campos. El silencio sólo se rompe por el roce del calzado sobre el asfalto, por los gritos de aliento a los andarines, por las voces del santero en los relevos, por los vítores al Cristo y por las palmas que los mismos participantes dan, de vez en cuando, para marcar el ritmo de la andadura.

A lo largo del recorrido se producen tres descansos: el Pardalejo, la Casa de la Rambla y el Puente. Las gentes de los caseríos y aldeas cercanas se congregan ansiosas en cada uno de esos sitios para ver la imagen y besarla. En la parada, los andarines descansan y beben agua. Algunos tienen que pinchar las ampollas que se les han hecho en los pies.

A buen ritmo, acumulando cansancio (los kilómetros y los 110 kilos de carga van haciendo mella), intensificando su apoyo mutuo, la blanca serpiente avanza. El pueblo está cerca, las parejas sacan fuerzas de flaqueza y pugnan por coger el último relevo y tener el honor de entrar la imagen en las Peñas ante la multitud congregada que espera en la Cruz del Santo. Su llegada se recibe con aplausos y vítores al Hijo y a la Madre que, en imagen con la advocación de la Dolorosa, también le aguarda. Es, quizá, el momento más emocionante de la multitud. Los fieles están enardecidos, inquietos, radiantes, festivos. De allí, en procesión, a la Iglesia, donde permanecerá, como protección de los campos durante meses decisivos en la economía agraria de la villa, hasta el amanecer del 28 de agosto, día de su fiesta y fecha tradicional, creo que desde los primeros tiempos.



*El lunes de Pentecostés el Cristo es llevado a las Peñas. Procesión desde la Cruz del Santo a la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza.*

Ese día, con las primeras luces, la imagen es sacada del templo. Caras tristes, lágrimas y votos en las personas maduras y ancianas y vivas en casi todas. El proceso, ahora es la “llevada”, se repite ante una muchedumbre mucho mayor que en la “traída”. Es su feria, la del Santo Cristo del Sahúco, la del pueblo, la de todos sus fieles, la que culmina la recolección. El “cajón” cabalga sobre los hombros de un mayor número de parejas, la serpiente blanca ha crecido. Nuevamente se corre, ahora hacia la ermita y esta vez a través de campos segados; la cosecha ya está segura en los graneros. Una inmensa muchedumbre venida de media provincia le aguarda en la Cruz Chica (se calcula entre veinticinco y treinta mil personas); muchas han llegado andando, un par de centenares pasaron la noche allí, en los dormitorios de la colonia, el antiguo hospicio. Tras la ceremonia religiosa y la postrer procesión, el Cristo queda en el santuario. La última mirada, el rezo final, el beso de despedida, la promesa cumplida.



*El 28 de agosto el Cristo es devuelto a su santuario*

Afuera, el gentío disfruta del día de Feria. Almuerzan las viandas que se han traído preparadas o que se compran en los puestos que los feriantes han montado en torno a la ermita. Junto a los tenderetes de velas, exvotos y recuerdos de la imagen, los de juguetes,

turrone y bebidas. Lo sagrado y lo profano una vez más reunidos, aunque este último aspecto muy reducido ya desde hace varios decenios y poco recuerda a los bailes, juegos y fuegos artificiales que aún antes de 1936 se mantenían. Al atardecer todos han desaparecido y la calma y el silencio se extienden ahora sobre el santuario.

El rito del pueblo se ha cumplido nuevamente y su acontecer ha entrado en el recuerdo y el comentario de los lugareños. A los pocos días empieza la cuenta atrás para que el ‘Santo’ vuelva una vez más a las Peñas.

La interpretación de este rito es difícil. Las versiones que cuentan el origen de la costumbre son, fundamentalmente, tres, una minoritaria y dos muy extendidas. Las dos últimas están basadas en el rapto, o intento de hacerlo, de la imagen por una comunidad vecina a la del Sahúco, en un caso por la de Peñas y en el otro por la del Pozuelo. Ambas aparecen como las más enraizadas en el pueblo y se cuentan con diversas variantes. En ellas se encuentran los elementos que completan a los ya mencionados de la aparición y que en su conjunto responden plenamente a las características comunes y arquetípicas de este tipo de tradiciones religiosas: relación de la aparición divina con la naturaleza (campo, vegetación y agua), rivalidad entre poblaciones vecinas, rapto de la imagen por una de ellas y finalidad utilitaria que es la que, generalmente, las origina. También las dos versiones narran que el suceso ocurrió durante la noche y así justifican que los que acudieron a recuperar la imagen fueran en calzoncillos y camisa, tal como se encontraban al ser despertados por el aviso de lo que ocurría. Precisamente, la conmemoración de este suceso es la que motiva el rito que he descrito antes.

Está comprobado que, frecuentemente, el hecho religioso en el que dos comunidades se enfrentan por una imagen, o una quiere

arreatársela a la otra, está encubriendo de diversas maneras un enfrentamiento político, una disputa de términos, pastos, agua, la posesión de un territorio de “gracia”, etc. Ahora bien, ni las Peñas“ ni el Pozuelo tienen estudios históricos específicos que permitan conocer pormenores al respecto, ni la documentación que he manejado menciona algo referente a ello y, por tanto, no se puede llegar al fondo de la cuestión.

La interpretación del rapto por parte de las Peñas parece más verosímil que la otra. Las referencias documentales sobre el traslado de la imagen a las Peñas arrancan de 1768, pero hay atisbos razonables para considerar que las romerías se celebraban desde bastante antes. Esto creo que es fruto y evidencia del dominio político que el concejo tenía sobre su aldea del Sahúco y no sólo porque mantenía en su iglesia parroquial la imagen del Cristo durante casi cuatro meses, sino porque el traslado se realizaba a finales de la primavera, es decir, cuando empezaba la época más seca del año, como rogativa permanente para que las lluvias fueran abundantes y oportunas -elemento decisivo para la economía agraria de la villa- e hicieran posible una buena cosecha. La devolución se realizaba a finales de agosto, cuando la recolección había concluido; por tanto, se mantenía en las Peñas el tiempo en el que se consideraba más importante la protección divina y esto la tradición lo presenta como producto del pacto que las comunidades del Sahúco y las Peñas hicieron con motivo de la disputa de la imagen. Tácitamente, la villa reconocía a la aldea como propietaria del Cristo y allí se celebraba la fiesta pero, prácticamente, se dejaba en las Peñas los meses más decisivos en el contexto económico.

El intento de rapto protagonizado por el Pozuelo tiene aún más dificultades de interpretación. Una variante de la versión cuenta que lo intentaron para que les protegiese de una epidemia y otra que porque consideraban

que les pertenecía. Según unos, los del Sahúco, para proteger la imagen, la llevaron corriendo a Peñas. Según otros, los de Peñas, al enterarse de las intenciones de los del Pozuelo se levantaron y fueron corriendo al Sahúco a por la imagen y se la llevaron.

Con respecto a la primera variante parece lógico pensar que a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX la zona padeciese pestes y epidemias y que, por tanto, existieran situaciones objetivas para fundamentar el intento de rapto. Solamente tengo documentadas dos sobre el cólera en el siglo XIX, en 1834 y en 1885, que impidieron la celebración de la Feria porque el Cristo permaneció en las Peñas hasta que se extinguieron. Concretamente, sobre la segunda conozco varias referencias documentales. Una de ellas, de un Libro de Cuentas del Sahúco, dice textualmente: “*El día once de octubre en que fue trasladada la Sagrada Imagen del Santísimo Cristo á su santuario, por no haber lo podido verificar en la época ordinaria, á causa de la epidemia colérica que invadió a casi todos los pueblos de España, y de la que, este pueblo y aldea del Saucó, se vieron libres, como siempre, de semejante calamidad por la misericordia del Santísimo Cristo*”. No obstante, no he encontrado ninguna alusión a la cuestión del Pozuelo.

En relación con la segunda variante sólo puedo apuntar algunos hechos, igualmente ambiguos y poco convincentes.

Hasta 1835 el Pozuelo fue una aldea de Peñas y hasta esa fecha no tengo dato alguno que pueda justificar la disputa. En el citado año, y tras la reciente creación de la provincia de Albacete, el Pozuelo alcanzó el villazgo y con él el término propio. Por su dependencia política es difícil pensar en la puesta en marcha del proyecto de rapto con anterioridad a estas fechas aunque, por supuesto, pudo ocurrir. Lo que la documentación pone al descubierto es que tras su emancipación tuvo enfrentamientos sobre el término con su antiguo concejo y es

posible que por la proximidad del Sahúco a los límites actuales, éste fuera uno de los territorios en litigio, ya que además de santuario era una zona con agua y con una apetecible dehesa. Los ancianos de las Peñas cuentan que poco después de la Guerra de 1936, los del Pozuelo, encabezados por su cura, intentaron recuperar la imagen que consideraban que les pertenecía y que hubo alborotos e intervención de la Guardia Civil porque, según dicen, el Sahúco dependía jurídicamente de las Peñas, pero eclesiásticamente del Pozuelo y que, por ello, les correspondía a ellos tener la imagen. Desde entonces no recuerdan más altercados y yo no he conseguido encontrar referencias documentales sobre este asunto.

Evidentemente, suponiéndoles base histórica soporte de la tradición, todos estos hechos mencionados son muy modernos en comparación con los documentados sobre las Peñas y sobre la época que la tradición oral sitúa los acontecimientos. Incluso da pie a pensar en otra interpretación, digamos ecléptica o de imbricación de ambas versiones, consistente en considerar que la imagen desde antiguo se

trasladaba del Sahúco a las Peñas, y viceversa, en romería y que se siguió haciendo después del raptó, parece que fallido, propiciado por el Pozuelo, pero entonces corriendo y en calzoncillos. Ahora bien, no hay pruebas documentales y si se procede sin rigor se podría caer en un posibilismo desmedido, más ligado a la imaginación que al razonamiento. Es ardua empresa la correcta interpretación de las manifestaciones de la religiosidad popular y más teniendo en cuenta la demostrada atemporalidad que casi siempre tienen. Una vez más habrá que esperar a que la aparición de nuevos datos haga posible descubrir el hecho, o hechos, histórico verdadero que más o menos claramente siempre encubre lo legendario. Hoy por hoy se muestran muchas más sólidas las bases de la primera versión, a la que parece que avala también la realidad misma del rito.

Lo que aparece incuestionable es que a esta centenaria tradición siguen fieles millares de personas, que continúan acercándose y rogando al “Santo” llenos de fe, buscando consuelo, protección y ayuda celestial para sus males en la tierra.